

los recursos de propios y ajenos, llevando a cabo, en ambos casos, prácticas epistemicidas.

Algunas de las autoras citadas, en particular Rosalía López-Fernández y Diana Lucía Mariño Puentes, dan sendos ejemplos de los límites, los escollos y los beneficios de la metodología llamada de “investigación-acción participativa”, una aproximación cuyo fin último es lograr un impacto positivo en la sociedad que se está estudiando, más allá de describirla como si se tratara de una naturaleza muerta. Bajo esta óptica, la escucha y la horizontalidad resultan líneas de flotación irrenunciables. No obstante, este prisma emerge a lo largo de todo el libro como un *leit motiv* para el investigador social: las tragedias sociales, el racismo estructural, las persecuciones religiosas o étnicas, la lucha de clases, la doble moral de las políticas turísticas, etc., no son simples hechos reflejados por datos, sino que suponen también experiencias personales y familiares, memorias y universos simbólicos que dotan de sentido a las vidas de las personas. Esta conciencia se percibe a lo largo de todos los capítulos como una cuchilla que afina la escritura de sus autores, llevándolos mucho más allá de la calidad y el rigor científico que les sirve de punto de partida.

Dada su variedad de contenidos, los aprendizajes extraíbles de esta obra son innumerables. En conjunto, las lecciones fundamentales para el investigador son, al menos, dos: un enorme respeto por el material y las personas que constituyen sus fuentes de estudio y, no menos importante, la necesaria permeabilidad de cualquier planteamiento inicial o propedéutico ante una realidad social que únicamente emergerá en el trabajo de campo.

Así pues, en resumen, *Investigar a pie de campo* resulta una enriquecedora lectura para cualquiera que decida iniciarse en una carrera investigadora en un ámbito social o humanístico, pero también para aquellos que busquen la compañía de quienes también han sentido en sus carnes los desvelos de una profesión llevada a cabo con rigor y compromiso.

**Ríos Sierra, Jerónimo, *Historia de los procesos de paz en Colombia (1982-2022). Élités políticas, fuerzas militares, guerrillas y paramilitarismo*, Albolote (Granada), Editorial Comares, 2023, 196 pp.**

Por Fernando Lara Silva  
(Universidad de Cádiz)

*Historia de los procesos de paz en Colombia (1982-2022). Élités políticas, fuerzas militares, guerrillas y paramilitarismo* es fruto de la reflexión y el estudio sobre una problemática compleja y, como vemos en estas páginas, difícil de resolver. Una complejidad debida en parte a la propia naturaleza del conflicto y a sus múltiples aristas e intereses, en parte a la actitud de los actores implicados -desde el Estado colombiano a las guerrillas, pasando por los grupos paramilitares, el narcotráfico, pero también por la población civil- que, en distintas fases, han contribuido a complejizar la cuestión colombiana y a ralentizar, ya sea por activa o por pasiva, una resolución pacífica de este largo conflicto. En este sentido, el libro de Jerónimo Ríos Sierra recoge la sinuosidad de un duro y largo proceso de paz a través de 40 años de dificultades, choques de intereses y de voluntades, actitudes cambiantes de los actores partícipes, aunque siempre desde la perspectiva de la paz. Se trata, como el título indica, no de una historia del conflicto colombiano, sino de la búsqueda de la paz en la nación sudamericana, y un balance de las intenciones, fallidas y acertadas, para solventar la división que ha vivido el país durante la segunda mitad del siglo XX y las primeras décadas de este siglo XXI, enfocado eso sí en los actores principales del conflicto: el Estado colombiano y los partidos políticos, el Ejército, las distintas guerrillas y el fenómeno paramilitar. Para ello la obra cuenta con el testimonio directo de muchos de estos partícipes -políticos, militares, guerrilleros, paramilitares-, incluido el general retirado del Ejército de Colombia, Henry Medina Uribe, que firma el prólogo de la obra, y el exguerrillero y actual presidente del partido Comunes, Rodrigo Londoño Echeverri alias Timochenko, que cierra firmando el epílogo.

Para explicar el laberinto de la paz en Colombia, el autor nos propone una estructura de ocho mandatos presidenciales -desde el inicio de la presidencia de Belisario Betancur en 1982 hasta el fin del mandato de Iván Duque en 2022- que dan contenido y forma a los capítulos del libro. De esta manera, la presidencia de Betancur

(1982-1986) sirve de arranque de este balance del proceso de paz puesto que representa un punto y aparte en la historia del conflicto en Colombia, pues fue bajo este gobierno conservador cuando se planteó por primera vez una resolución pacífica al enfrentamiento entre el Estado y las guerrillas. Con Betancur se inició una primera mesa de diálogo con representantes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP), del Movimiento 19 de abril (M-19), y del Ejército Popular de Liberación (EPL) que, aun a pesar de su originalidad, fue ambiciosa en sus planteamientos, llegándose a negociar el alto el fuego entre estos grupos y las Fuerzas Armadas, así como una amnistía de presos políticos y guerrilleros, en los llamados Acuerdos de La Uribe. Incluso más allá de cuestiones jurídicas y militares, se llegó a hablar de la raíz histórico-social del conflicto remontable hasta 1960 y con ello, de una resolución que implicaba una reestructuración de la sociedad y de las estructuras políticas colombianas en clave democrática. Si bien, las buenas intenciones y la valentía de Betancur quedaron en papel mojado por falta de voluntad de las partes implicadas y por el auge de nuevas figuras y grupos que agudizaron el conflicto y dieron al traste con las negociaciones, incluida la oposición activa del Ejército. En esta etapa ganó fuerza el paramilitarismo como respuesta a la actividad guerrillera, incluyendo el exterminio de la militancia del partido Unión Patriótica, brazo político de las FARC-EP. También se comenzó a manifestar la violencia producida por el narcotráfico, una nueva arista en el conflicto, personificada en el asesinato del ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla. La presidencia de Belisario Betancur se cierra con el simbólico asalto al Palacio de Justicia en 1985, perpetrado por el M-19 y que dio por finalizado este primer intento de paz en Colombia.

Sucedió a Betancur el liberal Virgilio Barco (1986-1990), quien conservó las intenciones de diálogo aunque hubo de capear con la violencia estallada en el mandato anterior, particularmente el paramilitarismo y el narco, así como a una situación externa cambiante. En cuanto al diálogo con las guerrillas, la presidencia de Barco se caracterizó por condicionar las negociaciones a una total desmilitarización de los grupos armados, punto este que fue la principal piedra en el zapato del proceso, a pesar de una evidente voluntad de diálogo bajo los principios de reconciliación, normalización y rehabilitación. En todo caso, y a pesar de su política inflexiva respecto

a la desmovilización de los grupos guerrilleros, Barco logró resultados prácticos más destacados que su predecesor, destacando el abandono de las armas por parte del M-19, transformado en el partido Alianza Democrática M-19, presente en la vida política colombiana durante la década de los 90. Aun con ello, hubo de hacer frente a la violencia política y a la asociada al narcotráfico, expresada en el asesinato de candidatos presidenciales, incluido el candidato del Nuevo Liberalismo Luis Carlos Galán, y el atentado del vuelo 203 de Avianca, atribuido al narcotraficante y brevemente político Pablo Escobar.

Número dos del malogrado Galán, César Gaviria (1990-1994) es el tercer presidente incluido en esta historia de los procesos de paz en Colombia. A Gaviria le tocó llevar a cabo la integración del M-19 en la vida política de la nación, al tiempo que tuvo que combatir un nuevo auge de la violencia, expresada mediante secuestros y asesinatos. Si bien la presidencia de Gaviria estuvo marcada por su actitud firme frente a los cárteles de la droga, destacando la eliminación de Pablo Escobar, y una política de modernización de las Fuerzas Armadas, también dejó una impronta de actitud dialogante para resolver el conflicto armado, destacando un intento de negociación con el ELP que, si bien fracasó en sus objetivos totales, logró una desmovilización parcial del grupo a excepción de los elementos disidentes.

A Gaviria le sucedió su ministro Ernesto Samper (1994-1998), con una línea continuista de la etapa anterior y un programa político basado en cuestiones sociales, uno de los aspectos fundamentales del conflicto colombiano, ya planteado por Betancur e intentado desarrollar durante los mandatos de Barco y Gaviria. A pesar de ello, la presidencia de Samper quedó señalada por las acusaciones de financiación irregular de su campaña electoral por parte del narcotráfico, hecho que salpicó la política colombiana durante el llamado proceso 8000.

Con la llegada a la presidencia del conservador Andrés Pastrana (1998-2002) se produce una ruptura crítica respecto a la política dialogante ejercida por los cuatro primeros presidentes. Ello no significó un abandono de la búsqueda de una resolución pacífica, pero sí de los medios. Con Pastrana se dejó de condicionar las negociaciones al cese de los enfrentamientos entre el Ejército y las guerrillas, aunque mostró gestos de diálogo retirando a las Fuerzas Armadas de amplias zonas del territorio colombiano. De todos

modos, la etapa de Pastrana se puede considerar perdida, debido en buena medida al inevitable choque de intereses entre el Estado, de un lado, y las guerrillas y grupos paramilitares, del otro, fruto de la beligerante política contra el narcotráfico ejercida durante esta presidencia, importante fuente de ingresos de las organizaciones irregulares. Así, cada parte se cerró en banda y las posibilidades de un diálogo multilateral disminuyeron significativamente, produciéndose además un recrudecimiento de la violencia con una culpabilidad destacada en este caso del propio Estado y de las Fuerzas Armadas.

El cambio de tendencia de la era Pastrana se aceleró con la llegada a la presidencia de Álvaro Uribe (2002-2010), quien planteó el conflicto interno de Colombia como una expresión particular de la “guerra contra el terrorismo” que libraba su gran socio internacional, George W. Bush. De esta manera, la presidencia de Uribe estuvo marcada por la activa participación del Ejército colombiano en acciones de contra guerrilla, mostrando la voluntad gubernamental de emplear métodos militares para alcanzar la paz. Aunque no por ello el belicoso Uribe fue contrario al diálogo con los distintos grupos armados, incluidas las FARC-EP (de forma reservada) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), grupo este último con el que se llevó a cabo una intensa negociación, aprovechando su rivalidad creciente con las FARC-EP, finalmente fracasada. Sea como fuere, el mayor éxito de Uribe fue la desmovilización acordada en 2005 con las Autodefensas Unificadas de Colombia (AUC), la principal organización paramilitar.

En un nuevo y en cierta medida inesperado cambio de rumbo, la presidencia de Juan Manuel Santos (2010-2018), anterior ministro de Defensa de Uribe -además de ministro de Hacienda con Pastrana y de Comercio con Gaviria-, marca una nueva etapa en la historia de los procesos de paz en Colombia, gracias a su apuesta por el diálogo con la principal fuerza guerrillera, las FARC-EP, a través de una mediática e internacionalizada negociación mediada por los gobiernos de Cuba y Venezuela. Si bien el éxito de Santos debe matizarse, puesto que el primer acuerdo fue rechazado en referéndum y renegociado con los partidarios de NO bajo premisas menos optimistas, debe reconocerse la voluntad de las partes por alcanzar una paz a priori definitiva, con concesiones de ambos contrincantes. En una paz sin vencedores ni vencidos, a las FARC-EP le tocó abandonar las armas, a cambio de su integración

plena en la vida política colombiana a través del partido Comunes. El Estado hubo de abordar la cuestión agraria, uno de los grandes ejes del discurso guerrillero y raíz del conflicto, con una reforma de talante democrático. Aunque el aspecto más llamativo de las negociaciones fue la voluntad reparadora, a través de una Comisión de la Verdad centrada en la búsqueda de víctimas del conflicto, exportable a otros conflictos aun sin resolver.

Aunque el panorama en Colombia es optimista, la última etapa narrada en este libro, correspondiente a la presidencia de Iván Duque (2018-2018) refleja las permanencias y debilidades del proceso, incluida la hostilidad de sectores dentro de la vida política, del Ejército y de los grupos guerrilleros a alcanzar una paz duradera, sin revanchas y con concesiones asumibles para todos los implicados. A pesar de ello, la llegada a la presidencia de un antiguo guerrillero, Gustavo Petro, es reflejo del gran avance dado por la sociedad colombiana para normalizar su vida común y resolver sus problemas internos por cauces democráticos.

**Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, *Somehow different. España vista desde Estados Unidos, Madrid, Catarata-Universidad de Alcalá-Instituto Franklin, 2023.***

Por Sergio Molina García  
(Universidad de Castilla-La Mancha)

El incremento de los estudios sobre la historia de las relaciones internacionales está reforzando la idea de que los procesos históricos no pueden entenderse analizando exclusivamente los acontecimientos desde el prisma de los Estados-Nación. Por ello, cada vez se le concede más relevancia a las conexiones y contactos entre Estados, comunidades y sociedades. En el caso español, en los últimos años se han multiplicado los estudios que analizan la influencia de las principales potencias mundiales en el devenir de nuestro país, destacando los dedicados a EEUU, Francia o Alemania. Esta empresa, coordinada por Lorenzo Delgado, investigador del Instituto de Historia CCHS-CSIC, ofrece una visión global sobre cómo se construyeron ciertas ideas sobre España en EEUU desde la Guerra de Cuba en 1898 hasta la situación actual de 2023. El libro pretende arrojar luz sobre los motivos y los momentos en los que EEUU se interesó en nuestro país y para ello no solo atiende a las relaciones diplomáticas y políticas, sino también a las co-